

Prólogo

Mala tierra



«**N**o ha llovido ni una gota desde hace días», pensó la chiquilla pedaleando enérgicamente en su bicicleta mientras se dirigía a la tienda del fondo de la calle de su triste barrio. «Como el sol continúe atizándonos así, la noche volverá a ser demasiado calurosa, se nos pegarán las sábanas a la piel y mamá despertará de mal humor».

¡Ah, su madre...! Cuánto habían discutido esa mañana. Hacía tiempo que la atormentaba la idea de que no sentía paz en su compañía. Esa mujer se había convertido con el paso del tiempo en un ser huraño y distante. Solía gritarle violentamente durante los desayunos, reprendiéndola por razones insignificantes que Anne Sophie no sabía cómo analizar. Tampoco sus tres hermanos le procuraban cariño y al igual que su padre, la ignoraban con una fría indiferencia más propia de un extraño que de un familiar cercano.

Anne Sophie lanzó un suspiro hastiado al viento al recordar cómo habían transcurrido las primeras horas de esa suave mañana de verano.

—¡No eres más que basura...! —le había increpado su madre cuando había derramado la leche con el codo en un descuido—. No te haces querer. No sé por qué he tenido que parirte. Si hubieras nacido muerta, estaríamos todos más contentos.

Anne Sophie giró la bicicleta bruscamente hacia la calle que desembocaba a su derecha, para tomar el atajo que la conduciría más velozmente a la tienda de comestibles del viejo Gus. Intentó arrancarse del pensamiento los malos sentimientos hacia su madre, pues sabía que si se dejaba envolver por tales tinieblas, sería presa de la melancolía durante el resto del día.

«¡Qué tonta soy!», pensó soplándose el rubio y molesto flequillo de los ojos. «Ya estoy calentándome la cabeza otra vez con las mismas barbaridades de siempre. Nada me aporta comerme el coco sopesando el poco o mucho cariño que recibo en casa. Al fin y al cabo papá y mamá son personas que como el resto del mundo cometen errores. ¿Quién es perfecto? Tal vez no sea correcto que mamá me pegue, pero sé que sólo lo hace a causa de su tristeza por las ausencias de papá. Y yo... Vaya, quizá sea cierto que soy un poco rebelde».

Una pequeña gota de sudor se le coló impertinente por la comisura de los labios esparciendo por la lengua su sabor amargo. Frenó la bicicleta delante de una señal de tráfico, se secó la frente con una mano y espantó una pegajosa mosca. De pronto un desagradable sonido turbó la paz y el silencio de la calle. La niña giró bruscamente la cabeza para descubrir que tal estruendo provenía del acelerado motor de un coche azul metálico, que, imprudente, se acercaba a velocidad intempestiva. Conteniendo el aliento agarró con fuerza el manillar de su bicicleta, pegó un pequeño y ágil brinco, y logró subirse a la acera. El coche pasó tan peligrosamente cerca de sus piernas, que las faldas se le arremolinaron sobre la cara, dejando al descubierto sus braguitas durante unos pocos segundos. Anne Sophie perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al suelo.

—¡Bruto! —gritó furiosa notando cómo el corazón se le escapaba del pecho. El conductor del vehículo frenó en seco produciendo un estridente sonido de ruedas, dejando tras sí una oscura estela provocada por el deslizamiento del caucho contra el asfalto.

La niña, aún temblando, miró curiosa hacia el coche. ¿Quién conduciría de esa forma temeraria? Se percató de que el conductor del vehículo la observaba ceñudo por el retrovisor, y así descubrió que tenía unos ojos azules como un cielo despejado y unas cejas rubias y pobladas. Anne Sophie aprovechó la ocasión para sacarle la lengua. Se recolocó la falda, suspiró hondo y retomó la marcha pensando que tal vez su padre tuviera razón al advertirle de que últimamente los conductores que transitaban por la zona parecían haberse vuelto locos. El hombre del coche azul metálico siguió clavándole una extraña mirada hasta que la niña lo alcanzó, momento que aprovechó para acelerar de forma infernal y alejarse con violencia por el fondo de calle, perdiéndose al fin tras una pronunciada curva.

—Menudo animal —murmuró la niña—. No me ha atropellado porque Dios no lo ha querido... Menos mal que no me ha pasado nada. Si me hubiera caído, mamá hubiera descubierto que me he escapado del co-

legio en pleno recreo para ir a la tienda de comestibles. Entonces hubieran empezado las preguntas y tendría que haberla mentido para que no supiera que mi intención era comprar cigarrillos. Bueno, la verdad es que ya no me importa lo mucho o poco que mamá me grite...

Esbozó una triste sonrisa al recordar el incidente sucedido la semana anterior a causa de sus escapadas al cuarto de baño con la cajetilla de cigarrillos escondida bajo la manga del jersey. «¡Ah! Esta vez no me pescará», se prometió a sí misma. «A partir de ahora seré más cauta. No quiero que me vuelva a sorprender en el baño con olor a humo en la ropa. ¡Vaya bofetón que me atizó! ¡Y qué dedos más ásperos tiene mamá cuando me pega!».

El recuerdo la incomodó; no quería pensar cosas tan feas de su madre. Además Linda, su amiga de ojos rasgados y trenzas azabache brillante, le había recomendado en el parque de la barriada que no hablara mal de su familia.

Linda era china. Tenía un corazón alegre y disparatado que aportaba templanza a la pequeña y torturada vida de Anne Sophie. Solía invitarla a merendar después de las clases, y en su hogar siempre era atendida con cariño y respeto. A Anne Sophie le agradaba mucho la mamá de su amiga, Pen Lui, quien la atiborraba a delicias orientales que ella misma preparaba en su pequeña cocina. Era tan feliz en aquel hogar que a veces la sorprendía la llegada de la noche; entonces, con gran disgusto, regresaba a su propia casa, no sin antes haber rogado a Pen Lui que la invitase a cenar, cosa que no siempre conseguía.

—¿Por qué siempre te haces la remolona a la hora de regresar a tu casa? —le preguntó un día Linda, mientras se bañaban en la piscina de plástico hinchable que Pen Lui había regalado a sus hijos por navidad.

—Me siento bien a vuestro lado. Tu mamá es muy buena, y la mía..., bueno ella me trata muy mal. A veces me golpea si llego cuando ya el sol se ha ocultado. Creo que no me quiere.

—No es bueno que la critiques... —le había contestado Linda mientras introducía sus largas trenzas azabache bajo el gorro de nadar—. La mía a veces también me regaña. ¡En casa no somos santos!

—Vale, pero no te pega...

Linda clavó sus ojos achinados en los de Anne Sophie y suspiró profundamente.

—Bueno, un día perdió los nervios y me gritó hasta quedarse afónica...

—No es lo mismo.

—¡Bah! No le des más vueltas, Anne Sophie —replicó su amiga algo incómoda—. Al fin y al cabo es tu madre...

—Si tú lo dices...

Anne Sophie sospechaba que Linda no la entendía bien y eso la disgustaba. Era su única amiga además de Jay-Jay, otra niña oriental del barrio, cuya familia había emigrado de Japón hacía pocos años. Era a ambas a quienes confiaba sus más íntimos secretos y con quienes templaba su tristeza y desahogaba sus temores. En sus pequeños hogares y junto a esas madres orientales, Anne Sophie podía buscar la paz que en ningún otro rincón encontraba, y por ello procuraba ser invitada a jugar en ellos siempre que fuera posible.

A diferencia de Pen Lui, la madre de Jay-Jay se mostraba algo más distante, debido quizá a la incomodidad que le había provocado presenciar en varias ocasiones los vapuleos y malos tratos con los que la madre de Anne Sophie trataba a su hija.

Un azote de aire caliente se le coló por el cuello de la blusa cuando alcanzó una bajada pronunciada.

—¡Qué calor más asfixiante! —se quejó en voz alta—. ¡Y qué boba y sentimental soy a veces! ¿Por qué me empeño en remover los sucesos con los que tengo que convivir en casa? Quizá Linda tenga razón y sea cierto que soy una exagerada.

Anne Sophie, de largo pelo dorado y ojos verdes aceitunados, pedaleó vigorosamente para lograr atravesar la calle tras comprobar que no transitaban más coches. Desde hacía cierto tiempo se ejercitaba físicamente con su bicicleta; había descubierto que la ayudaba a menguar el dolor que en su alma se almacenaba cuando cavilaba sobre su insostenible situación familiar. Frenó la bicicleta frente a la tienda de comestibles, la aparcó junto a un árbol y se estiró la falda desaliñada. Se acercó tímidamente al gran escaparate para descubrir que el bueno de Gus acababa de colocar un montón de barras de pan caliente tras él. Desde dentro le llegó el sonido de una canción del grupo musical «Los Beatles», un cuarteto británico que había comenzado a pegar muy fuerte en Estados Unidos y del que todas las emisoras de radio parecían haberse enamorado. Jay-Jay le había confesado que estaba loquita por uno de sus componentes, un tal John Lennon, al que había jurado en su corazón amor eterno, y cuyas canciones había memorizado como un papagayo.

—Algún día se casará conmigo —repetía mientras tarareaba las melodías poniendo los ojos en blanco.

Anne Sophie sonrió al descubrir al viejo Gus canturreando también una de tales melodías tras el cristal de su tienda. Pegó la nariz al frío vidrio y se relamió. El brillo del cristal le devolvió su propio reflejo y se estremeció al descubrir la imagen infantil que representaba. «Dios mío», se dijo avergonzada. «Así no evitaré las preguntas impertinentes de Gus sobre mi verdadera edad...». Se apresuró a corregir la situación deshaciéndose la coleta y agitando el pelo entre sus finos dedos.

Anne Sophie no podía olvidar el mal trago que había pasado durante su última visita a la tienda de comestibles del viejo Gus. Le había presentado unas monedillas que había ahorrado de su nimia paga, y las había dejado sobre el mostrador de forma desafiante.

—¿Qué clase de chucherías quieres hoy, rubia? —había preguntado entonces el barrigón de Gus desde el otro lado de la caja registradora—. Mira este bote de cristal repleto de piruletas. ¿Te apetece probarlas? Son de menta y fresa.

—¡Qué cosas dices, Gus! —contestó Anne Sophie—. Ya no como piruletas. Eso son cosas de chiquillos.

El tendero sonrió guasón.

—¿Ah, sí? ¡Oh, perdone usted, señorita grandullona!

—Bueno, anda, riéte si quieres.

—Si no me burlo, tontina —contestó risueño colocando un montón de botellas de licor sobre una balda cercana—. Ya veo que te has convertido en una princesa de once años, ¿no?

—Trece. He cumplido trece años —corrigió Anne Sophie algo sonrojada.

—Mmm..., pues vaya. Y con esos trece añazos de chica mayor, ¿qué te puede interesar aquí que no sean dulces?

—Hoy quiero que me des un paquete de cigarrillos.

Gus clavó sus ojillos en los de Anne Sophie y entristeció el semblante. De los cuatro hijos de la familia que habitaba en la esquina de su calle, Anne Sophie era la que más simpatía le despertaba, quizá por haber descubierto el rechazo tan aparente que mostraban los suyos hacia ella. Ello le había llevado a desarrollar con la niña una cierta relación de confianza que le permitió reprenderla por su pedido.

—Anne —dijo—. No deberías comenzar a fumar.

—¿Y por qué? ¿Acaso me moriré a los trece años sólo por haber tragado un poco de aire sucio? —contestó Anne Sophie molesta.

Gus la miró de soslayo y comprobó que había cambiado mucho en los últimos tiempos. Nunca antes le había pedido cigarrillos. Se percató de

que intentaba peinarse como una pequeña mujercita. Había pegado un buen estirón y la cara se le había iluminado con esos rayos de luz que sólo saben brillar en las adolescentes bonitas. El tamaño de los pechos también le había aumentado. Eran aún sólo unas pequeñas protuberancias a medio camino, y con seguridad aumentarían en tan sólo unos meses. ¡La niña se había convertido en una mujercita preciosa!

—Mira, nena... —se atrevió a decir al fin—. Te voy a dar los cigarrillos si me prometes que son los últimos que me pides que te venda. Si de seas seguir con este mal hábito, tendrás que comprárselos a otro.

—¡Qué pesado te has vuelto, Gus! —protestó—. Sabes bien que la tienda más cercana es la tuya.

El viejo se rascó la calva y quedó pensativo unos segundos. Después, algo dubitativo, alargó la mano hacia la estantería del tabaco, tomó una cajetilla de Marlboro y se la entregó a regañadientes.

—No hace falta que me pagues... —murmuró cabizbajo al ver cómo la niña contaba con fervoroso interés las monedillas que había dejado sobre el mostrador—. Guarda la paga en tu hucha. Seguro que la necesitarás pronto para algo mucho más útil que una cajetilla de tabaco.

—¡Gracias, Gus! —contestó la niña esbozando una triste sonrisa—. Te pagaré en cuanto ahorre un poco.

—Anda, vete antes de que me arrepienta... ¡Y procura no decir ni una palabra a nadie sobre nuestro trato o te cortaré las orejas!

—¡Está bien! Eres un buen amigo...

—Y tú una sinvergüenza. Recuerda que es la primera y última vez que te doy tabaco. ¿Me oyes?

Como muchos de los vecinos que vivían en la calle de la familia Saunders, no habían pasado desapercibidos para aquel buen hombre los gritos, las peleas y los portazos que muchas veces se colaban a través de las ventanas abiertas de la casa de Anne Sophie.

Llevaba tiempo sospechando que los amaneceres en aquella vivienda no debían ser fáciles para esa pobre criatura, pues la había visto en demasiadas ocasiones cruzar la calle hecha un mar de lágrimas cuando abandonaba el hogar a horas tempranas para acudir al colegio. Como una escena sacada de una pesadilla, él la llamaba desde su jardín mientras se afanaba regando sus rosas. Gus estaba muy orgulloso de ellas. Cortaba sus tallos con cuidado infinito para decorar los jarrones de su nimio salón y así agradar a su esposa Tina, una irlandesa de armas tomar que a pesar de tener un genio de mil demonios poseía un corazón de ángel. Tampoco

ella ignoraba el pesar que irradiaba de esa niña, y de ello había hablado en infinitas ocasiones con su marido.

—¿Has desayunado algo, nena? —le solía preguntar Tina al verla cruzar por delante de la valla de su jardín con semblante apagado—. Seguro que con las prisas no has probado bocado y así te dormirás como un lirón durante la clase de matemáticas.

—Sí, señora. Algo he tomado...

—A ver, criatura. Dime qué.

—Un plátano con un poco de azúcar y un vaso de leche...

—¡Vaya birria de desayuno! —refunfuñaba ofreciéndole una caja de metal repleta de galletas—. Con sólo un plátano en la barriga, no se aguanta hasta la hora del almuerzo y pronto te quedarás más flaquita que uno de los tallos de las rosas de Gus.

—No se preocupe Tina, de verdad... Si no...

—¡Vamos no seas melindre y coge un puñado, que no muerden!

Pero como la niña no se movía, la gordíflona esposa de Gus agarraba la mochila de un zarpazo, la abría sin pedir permiso a nadie y metía en ella un puñado de galletas. Anne Sophie giraba entonces bruscamente la cabeza hacia las ventanas de su casa, temiendo ser descubierta por la escudriñadora mirada de su madre, pues bien sabía que no era partidaria de que su hija hablara con gente del vecindario sin su permiso.

—No te preocupes —susurraba Gus desde su rosal—, no hay moros en la costa, nena...

—Son ustedes muy amables... —contestaba Anne Sophie acelerando el paso mientras se alejaba del jardín.

—Pobre criatura —murmuraba Tina mientras veía cómo la niña desaparecía tras la verja de la casa vecina—. Algún día se levantará el velo de lo que sucede entre esas secretas paredes, y entonces ahí estaré yo para contar a quien me quiera oír los muchos gritos que he escuchado a esa horrible madre pegar a sus críos.

—No te metas en lo que nadie te llama, mujer —la reprendió Gus desde su rosal.

—¡Tú cállate, jardinero de tres al cuarto! ¿Qué sabrás sobre lo que se debe o no hacer con esa gentuza?

—Pues que cuanto menos metamos el hocico en lo que no nos incumbe, mejor nos irá —refunfuñaba Gus introduciéndose al fin en la vivienda.

Gus pensaba que eran extraños esos padres de Anne Sophie, y sospechaba que de increparlos se metería en un buen lío. ¡Ya lo creo que eran

peculiares, siempre tan esquivos y huraños! La madre, de tez tostada y fuerte acento portugués, no trataba bien a sus pequeños. ¡No, señor...! De mediana de estatura, con caderas insinuantes y ojos verde oliva que la niña había sin duda heredado, utilizaba públicamente un lenguaje hosco y desagradable cuando se dirigía a su hija. Era sin embargo hermosa y atractiva, y contaba con alguna que otra amistad por el barrio, como la que había desarrollado con la madre de la familia de emigrantes italianos que habitaban en la manzana siguiente a su casa. A Gus le desagradaba sobremanera observar cómo maltrataba a su chiquilla. Solía sorprender a esa mujer bonita chillándole o zarandeándola por cualquier causa como si de una muñeca de trapo se tratara. Alguien del barrio le había informado de que aquella dura mujer era hija de emigrantes de las Islas Azores portuguesas, y que su infelicidad provenía de su desgraciado matrimonio. El esposo le había resultado mujeriego, y sus largas horas de ausencia en el hogar debido a su trabajo en una farmacia sacaban de quicio a la portuguesa.

El padre de familia era de carácter tímido y apocado, y no se ganaba las simpatías de los habitantes del barrio. Aparentemente agotado a causa de las broncas conyugales, se mostraba huidizo con los vecinos, aunque se afanaba en repetir en cada pequeña conversación casual a la salida del servicio religioso dominical, que era farmacéutico de profesión y que trabajaba con ahínco en la zona céntrica de la ciudad. Pero aún así no lograba convencer al vecindario de que era un buen hombre, un buen padre o un buen esposo.

Gus se encontraba atendiendo a Ting, el anciano filipino que vivía junto a su numerosa familia al lado de su tienda, cuando vio a Anne Sophie aparcarse de nuevo su bicicleta junto a su escaparate.

—Mira, viene la chiquilla Saunders otra vez —comentó estirando el cuello tras la caja registradora—. Me pregunto a qué vendrá a estas horas, pues si no me equivoco, debería estar en el colegio.

—Se habrá escapado para pedirte tabaco, como siempre —respondió el filipino despectivamente mientras metía en bolsas del papel los comestibles que acababa de pagar.

—Pues esta vez no se lo daré —gruñó Gus—. Ya se lo advertí hace un par de semanas...

—¡Bah! Esa gente es muy rara... —añadió el filipino frunciendo el ceño esperando que Anne Sophie traspasara la puerta de entrada en cualquier momento—. Ayer vi a la madre tirar de los pelos a esta zarrapastrosa en la entrada de su casa. Mi consejo es que no te metas en líos, chico. Dile

que si quiere cigarrillos que se los pague su padre con ese sueldo tan alto que dice ganar en su farmacia.

—Yo nunca le he visto el título universitario colgado en la pared de su salón —murmuró Gus.

—Eso no quiere decir nada... —contestó Ting mientras acababa de meter el último comestible en una repleta bolsa de papel color café—. Yo tampoco tengo un certificado de fontanero y en mis años mozos bien que ejercía.

—Mmm... —murmuró Gus frunciendo el ceño—. No es lo mismo, querido amigo... A mí ese hombre no me da buena espina. Capaz es de habernos mentido a todos. Te digo yo que ése ni es farmacéutico ni es nada...

—¡Pues eso sería muy grave, Gus! —contestó Ting abriendo sus rasgados ojos orientales todo lo que le era posible—. Hay tanta gente loca... ¡Vete tú a saber lo que se le pasará por la mente a ese tipejo!

—Yo no siento ojeriza hacia nadie, Ting... Pero es que en esa casa no tratan bien a esa cría... Mi mujer mantiene la misma opinión y cree que un día se va a armar la gorda.

Gus no era mala persona. ¡Que Dios le librara de ser un mal pensado! Sin embargo se enervaba cada vez que pensaba en los padres de esa niña rebelde y siempre triste, pues aunque no tuviera pruebas claras de ello, albergaba grandes sospechas de que los cuatro hijos de aquel peculiar matrimonio eran chiquillos maltratados tanto física como psíquicamente. Al menos eso parecían gritar al viento los ojos apagados de aquellos hermosos rufianes.

Anne Sophie empujó suavemente la puerta de la tienda y antes de que pudiera reaccionar, se chocó contra Ting, quien la apartó sin remilgos para adelantarse.

—Buenos días... —dijo tímidamente. Ting no respondió. La cubrió con una mirada de desprecio de arriba abajo, carraspeó y escupió un sucio esputo sobre la acera a pocos centímetros de la bicicleta. Después giró sobre los talones y se encaminó arrastrando la curvada espalda hacia su casa, perdiéndose tras una esquina cargado con sus bolsas.

Anne Sophie le sacó la lengua, se metió las manos en los bolsillos de la falda de flores y entró en la tienda para darse de bruces con Gus, quien le lanzó una mirada impaciente.

—No sé qué tiene ese chino contra mí —dijo encogiéndose de hombros.

—No le prestes atención, nena. Es un viejo cascarrabias.

—Es un chino amargado —contestó la niña estirando la mano hacia la balda que sostenía las cajetillas de tabaco.

—Te equivocas —le contestó Gus.

—¡Ah! ¿Que no es un amargado? Pues yo creo que sí... Además, también es un fisgón.

Gus sonrió tristemente.

—No me refería a eso. Si no a dos cosas en las que estás equivocada. La primera es que no es chino, sino filipino.

—¡Bueno! Y qué más da. En este barrio somos todos de aquí y de allá. Hay familias italianas, latinos, rusos, filipinos, chinos... ¡Qué sé yo! La verdad es que ya no sé de dónde viene quién...

—Y la segunda —interrumpió Gus sujetando desafiante la muñeca de la niña con sus fuertes dedos— es que vas lista si piensas que te voy a dar tabaco.

La niña lo miró sorprendida. Nunca hasta entonces Gus le había hablado con un tono tan imperativo.

—Pero yo traigo dinero... Te los pagaré... No tienes que regalarme nada hoy. —La dura mirada del tendero le hizo comprender que no bromeaba—. ¡Ah!, ya sé lo que te pasa... Estás enfadado conmigo por sospechar que conté a mis amigas que me regalaste cigarrillos la última vez que vine por aquí... ¡Pues no se lo dije a nadie!

El viejo lanzó un largo suspiro al aire antes de contestar.

—No, nena. Nada más alejado de la realidad. Simplemente debes recordar lo que te dije en esa ocasión... ¿Acaso lo has olvidado?

Un incómodo silencio invadió la tiendecilla del amigo de la niña. Anne Sophie se ruborizó, cruzó los brazos, y sin pronunciar palabra alguna se dirigió cabizbaja hacia la puerta de salida.

—¡Anne Sophie! —gritó el tendero justo antes de perderla de vista—. ¡No quiero que pienses que estoy en el bando contrario! ¡Lo hago por tu bien! Una niña de trece años no debe fumar...

Pero la niña no respondió. Notando cómo la sangre le invadía las mejillas a causa de la vergüenza, se subió velozmente a su bicicleta y pedaleó con fuerza hacia el lado opuesto de la calle. Si lograba llegar al colegio antes de que finalizara el recreo, nadie se percataría de que se había ausentado. Giró por la primera calle hacia la izquierda, cruzó un paso de cebra y se adentró por una zona menos transitada que la acercaría antes a su destino.

No había dado ni veinte pedaladas cuando se estremeció al oír de nuevo el ensordecedor chirrido de un fuerte frenazo. Recordando el episodio

vivido esa misma mañana a causa de un conductor loco, paró su marcha y se giró defensivamente hacia donde provenía el sonido. Para su sorpresa descubrió que se trataba del mismo vehículo azul metalizado que pocos minutos antes la había adelantado imprudentemente; aquel que era conducido por un hombre rubio de ojos azules como el cielo, que tan extraña mirada le había lanzado desde el retrovisor. Anne Sophie cayó de bruces contra el pavimento dándose un fuerte golpe en las rodillas.

El vehículo paró junto a ella dejando el motor encendido. El conductor, un hombre que podría rondar la treintena, se bajó precipitadamente y se dirigió a grandes zancadas hacia la niña. Vestía casual pero elegantemente y lucía un corte de pelo limpio al estilo militar. Antes de que Anne Sophie pudiera reaccionar se abalanzó sobre ella, la agarró brutalmente del brazo y la arrastró con violencia hacia la portezuela delantera del vehículo.

Anne Sophie dio un grito ahogado al ser lanzada hacia el interior. Se golpeó la cabeza contra el parabrisas y perdió durante un par de segundos la visión a causa del impacto. Cuando la recobró, miró horrorizada hacia la calle suplicando al cielo que pasara algún transeúnte, pero para su desconsuelo no vio a nadie. Intentó abrir la portezuela en un deseo desesperado de escaparse de las garras de su secuestrador, pero comprobó que éste había logrado presionar con gran premura el botón de bloqueo de los pestillos de seguridad. El coche arrancó a la velocidad de la luz, haciendo chirriar las ruedas con un sonido infernal.

—¡¡Gus, socorro!! ¡¡Ayúdame!! —gritó descontrolada viendo cómo pasaban por delante de la tienda de su amigo. Pero Gus nada oyó. Le pareció verlo distraído estudiando unas facturas tras el mostrador.

Entonces dirigió su súplica hacia el perverso conductor, quien fijaba sus azules ojos en la carretera. Parecía poseído por un frenético deseo de huida que reflejaba en una mirada cargada de un odio indescriptible. Anne Sophie nunca había visto a una mirada como aquella.

—¡Déjeme salir! ¡Déjeme salir! —rogó sintiendo un reguero de lágrimas rodarle por las mejillas.

El hombre no contestó. Se limitó a acelerar más hasta alcanzar la salida hacia la carretera general que les condujo a la autopista.

—¡¡¡Por favor!!! ¡¡¡Se lo ruego!!! —chilló la niña notando cómo le comenzaba a faltar el aire mientras se asentaba en su mente la espantosa realidad de lo sucedido—. ¡No se lo diré a nadie! ¡Déjeme salir! —insistió. Pero antes de que Anne Sophie pudiera volver a hablar el hombre le pegó un gran puñetazo en la mejilla. La niña giró con espantosa veloci-

dad la cabeza, golpeándose la violentamente contra el cristal de la ventanilla derecha. Un pequeño hilillo de sangre comenzó a escapársele por la comisura de los labios. Ahogó el llanto durante unos segundos cubriéndose la boca con una mano. Aquel hombre era sin duda un perverso. Quizá hubiera estado buscando una presa esa misma mañana con la que satisfacer sus enfermos tormentos sexuales. Tal vez tenía que ver con el hallazgo de los tres cadáveres de muchachitas que habían aparecido estranguladas y violadas en las cercanías del aeropuerto de la ciudad. ¡En todos los periódicos se hablaba de ello desde hacía semanas!

Anne Sophie se percató de que la cabeza le empezaba a dar vueltas y de que un sabor a vómito se le agolpaba en la garganta. Comenzó a llorar bajito, temiendo despertar otro golpe violento en los puños de aquel hombre. Lo miró con ojos colmados de súplica, pero con lo que se topó fue con unas pupilas encendidas por un odio que la estremeció. Ni siquiera su madre, en los momentos de mayor violencia descontrolada, la había mirado así.

—Por favor... —rogó la niña temblando como un animal herido bajo una tormenta—. Pare en cualquier sitio... Permítame que baje del coche... No le diré nada a nadie... ¡Lo juro!

Pero cuanto más imploraba, más odio emergía en aquella mirada.

El hombre no pronunció palabra ante las súplicas de Anne Sophie. Parecía conocer a la perfección el destino de su carrera hacia el abismo. El estómago de la niña se encogió hasta hacerse un nudo inquebrantable. Petrificada por el miedo, sospechó al fin que estaba viviendo los últimos momentos de su corta vida. De pronto el conductor comenzó a reducir la velocidad, y en el corazón de Anne Sophie nació la esperanza de que, arrepentido, fuera a parar en el arcén de la autopista. Sin embargo pronto comprobó que el descenso de velocidad se debía a que buscaba una salida de la autopista en dirección hacia el aeropuerto.

«¡Dios mío!», pensó la niña recordando de nuevo los titulares de la prensa que habían estremecido a los lectores durante los meses pasados. «¡Éste es el violador y asesino de aquellas niñas!».

Aquel hombre se acercó lentamente hacia uno de los aparcamientos del enorme aeropuerto. Encontró una de las entradas e introdujo el coche entre las cientos de filas en donde, estacionados en orden, esperaban un sinfín de coches para ser alquilados. ¡Cuántos había y qué doloroso silencio se respiraba entre ellos!

Cuando el hombre encontró al fin un espacio vacío, aparcó suave y silenciosamente. Anne Sophie notó cómo le comenzaba a faltar la respira-

ción. De forma desprevenida aquel pervertido agarró brutalmente su preciosa melena rubia y acercó la cabeza hacia su regazo para presionar la barbilla de la chiquilla contra sus partes genitales. Con terrible disgusto, Anne Sophie comprobó que tenía la cremallera del pantalón bajada.

—Escúchame bien —dijo al fin—. Si decides crearme problemas te mato; necesitaré sólo cinco segundos para romperte el cuello.

Anne Sophie comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Dios mío, ayúdame! —suplicó comprendiendo que ya no podría evitar aquel tormento—. ¡No quiero morir!

De pronto muchos sucesos de su vida desfilaron por su entendimiento a la velocidad de la luz. Y así vio a sus padres, a sus dos hermanos varones y a su hermana mayor; recordó las peleas en casa y las celebraciones de cumpleaños. Por fin, también aparecieron Jay-Jay y Linda junto a sus dulces mamás... El corazón le latía a una velocidad tan desenfrenada que por un momento temió perder el conocimiento. La desagradable náusea que antes le había nacido en la boca del estómago, volvió a invadirle la garganta: «¡Me matará si vomito!», pensó. Entonces se percató de que el hombre comenzaba lenta y parsimoniosamente a desabrocharse el cinturón del pantalón. La niña pegó un grito ahogado e intentó de nuevo, frenética y desesperadamente, abrir la portezuela. Sin embargo, antes de que se diera cuenta... ¡PAM!, otro gran puñetazo le llenó de dolor el rostro. Esta vez el brutal impacto la hizo sentirse como si no estuviera en ese lugar, ni dentro de un coche junto a un extraño que sólo deseaba hacerle daño. Sus sentidos se nublaron, las pocas esperanzas que albergaba sobre una posible liberación se desvanecieron y su pobre alma se rindió, al fin, ante lo inevitable. Todo parecía indicar que el tiempo y el espacio la habían empujado irremediabilmente hacia las puertas del mismo infierno. Ya no pudo gritar, suplicar, ni defenderse más. Ni siquiera podía ver, pues todo en su visión había quedado enredado en un nudo de tinieblas. «¡Señor!», rogó nuevamente al cielo, «¡no permitas que muera a causa de la locura de este hombre!!».

Qué poco podía sospechar que ese mismo Dios al que tanto clamaba, la ayudaría a sobrevivir a éste y a muchos otros trances de extraordinaria gravedad; esos que la maldad humana le tenía cobardemente preparados tras la esquina de un futuro no demasiado lejano.

PRIMERA PARTE
UNA VIDA DIFÍCIL

Capítulo 1

San Francisco



No te puedes imaginar lo que me sucedió el otro día... Fue algo tan inaudito que pensé que al fin me había vuelto loca de remate. Parecía tan real, que tuve que aguzar el oído para cerciorarme de que aquel sonido no provenía de mi torpe fantasía. ¡Qué sensación tan extraña me invade cada vez que ocurre este fenómeno! «Vaya, otra vez empezamos con las mismas...», refunfuñé mientras levantaba una ceja. Y es que no me acostumbro a escuchar ese llanto dulce y suave de un recién nacido. ¡Es tan reconocible! Me penetra los oídos, me llega hasta el corazón y me perturba el recogimiento...

Miré con cautela alrededor y observé el comportamiento de los presentes. Sólo unas pocas personas habían acudido a la misa temprana de mi barrio, y para mi sorpresa parecían concentradas en su oración; en ninguna cara atisbé ni la más mínima señal de alerta hacia aquel infantil lamento. Tampoco el sacerdote, quien en ese preciso momento celebraba misa tras el altar, parecía estar oyendo algo inusual. «¡Dios mío...!», pensé ruborizada. «¿Por qué me suceden estas cosas?». Y es que no era la primera vez que experimentaba aquello, querida amiga... No, señor. Puedes pensar lo que quieras y no te culparía. ¿Cómo podría hacerlo si ni yo misma entiendo qué porras me pasa?

¿Que cuantas veces he oído a un bebé recién nacido llorar desconsolado a la vez que un sacerdote consagra la forma? No podría contestar con exactitud, pero sé que ha sucedido en multitud de ocasiones. Ya conoces lo mucho que me turba distraerme justo en ese momento tan especial para mí. A veces es difícil entender a nuestro Dios... Vaya don, regalo, o como quieras llamarlo, me ha concedido. La primera vez que experimenté aque-

llo pensé que un gato se había colado en la capilla... Sí, ¡je, je! Ya ves qué cosas se me ocurren. Siempre me ha parecido que el llanto de un bebé recién nacido se asemeja una barbaridad al maullar de un gato hambriento.

¿Ah, que a ti no? Bueno, hija, pues yo siempre lo he pensado... Y por eso me puse a observar a todos los presentes y vigilé con la mirada cada rincón para ver si lo veía. ¡Pero qué va, hermanita! Ahí no había ni perro, ni gato, ni ratón. Y por eso las personas que habían acudido al servicio religioso esa mañana no parecían percatarse de aquel llanto, pues nadie hacía el más mínimo gesto; ni siquiera fruncían el ceño... Así que me encogí de hombros y esperé con paciencia a que finalizara la misa, se vaciaran los bancos y me quedara sola. Entonces, arropada por la soledad y lejos de las miradas escrutadoras, pude hurgar a mis anchas. Miré bajo los bancos, revolví el confesionario y hasta levanté el paño del altar. ¡Nada! Después de enredar un rato por todos sitios el llanto cesó, y llena de incógnitas acudí con mis dudas al sacerdote, un viejecillo bastante sabio que sé que me tiene aprecio.

—¿Un gato en mi capilla, hermana Anne Sophie? —dijo echándome una mirada de lo más guasona—. Pues sí que estamos buenos. Lo que nos faltaba.

—No quiero que piense que me he vuelto majareta, padre... Es que lo he oído tan claro... —contesté ruborizada. Pero no me hizo caso alguno, amiga mía. ¡Qué va...! Se rascó la calva y salió echando una risilla al aire. Así que no he vuelto a contarle por ahí, no fuera a ocurrir que me tomaran por fantasiosa.

Lo que más me conmueve es que, durante un breve instante, mi corazón conecta con ese bebé que llora desconsolado. ¡Sus lamentos me atraviesan el alma! Y entonces derramo lágrimas a borbotones, porque siento que ese pequeñín me pertenece, que es mío, y que aún sigue unido a mis entrañas a través de un hilo eterno que no podría sesgar aunque quisiera... Se trata de un cordel de amor del que brota una vulnerabilidad tan intensa e inocente que es inevitable sentir el impulso de responder con una caricia, un suspiro o un abrazo imaginario. ¡Ah, ese llanto! Con él me alcanza una tristeza infinita y sutil que me hurga en las entrañas como un bisturí. Y es entonces cuando nace en mí una adoración dulce y total hacia ese bebé cuyo llanto me atormenta... Y lo adoro y deseo protegerlo de todo mal, defenderlo de la crueldad humana y de mis más íntimos recuerdos, aquellos que me torturaron durante una eternidad, y que sólo ahora he podido superar gracias al perdón de Dios y al amor incondicional de las personas que Él ha puesto en mi camino.

Escucha bien lo que voy a decirte, amiga mía: no hay amor que pueda compararse al que siente una madre por su bebé. Es un amor hiperbólico, puro e inexplicable. Ningún otro es tan extraordinariamente perfecto, por mucho que la madre haya padecido con el peor de los partos. Y aquí sigo después de tantos años, sintiendo el amor misterioso de mi hijo dentro de mí, a pesar de haberlo intentado silenciar tras mil muros levantados con rechazo y huidas. Sólo el tiempo y la gracia que me ha sido concedida por Dios han logrado derribarlos y destapar así la caja de los truenos, esos a los que al fin he enseñado los dientes con valentía.

¿Que si creo haber sanado? En muchos aspectos sí, aunque el camino ha sido arduo y espinoso. A veces tan extraordinariamente difícil que creí morir en el intento, porque las cicatrices que deja la maldad humana colgando por el alma de un inocente son gruesas y están mal zurcidas. Si las he logrado remendar ha sido gracias a las expertas manos del mejor cirujano, Cristo, mi Señor, pues sólo a través de su amor, lenta y dulcemente, he aprendido a perdonar a cada uno de los culpables de tan grandes tormentos.

¿Que cómo era mi vida antes de encontrar la fe? ¡Una telaraña envenenada de confusión, amiga mía! Antes de conocerle las heridas formaban parte de una realidad de la que nunca deseaba hablar. El pánico que me producía levantar el velo que las ocultaba en lo más recóndito de mi cerebro podía llegar a ser de gran riesgo para la cordura. Hubiera preferido que me quemaran a fuego lento en una hoguera llena de carbones y chispillas que mentar aquellos incidentes. Mi carrera hacia el perdón ha estado sembrada de tremendos peligros, siendo la desesperación el peor de todos.

La pura realidad es que no fui capaz de mitigar el odio hasta que mi Señor me sacó del pozo de la ceguera, justo cuando el volcán de los malos recuerdos estaba a punto de explotar. Los mantuve años escondidos, tapaditos y a presión, como lo hace un caldo en una de esas ollas que bullen en la cocina de un restaurante de mala reputación. Y esos platos son peligrosos, María, porque un buen día explotan, así: ¡PUM!, y echan todas las hortalizas por los aires pringando hasta a los pinches. ¡Ah! El ser humano es así... Cuando acorrala en una esquinita del olvido las cosas malas de la existencia, tarde o temprano se le escapan, y la propia experiencia me dice que es mejor que revienten en las manos de Dios que no en las de cualquier hijo de vecino, que poca culpa tiene de los abusos que una víctima ha recibido en el pasado. Ahora lo único que importa es que,

al fin, puedo hablar libremente de ello, aunque tus preguntas me arañen un poquito esas heridas que ya estaban cerradas...

No son pocas las veces que he dudado si lanzarme a contarte mi vida precisamente a ti, una mujer extraña de un país lejano de la que nada sabía y que el destino me ha traído como caída del cielo. «¿Seré capaz de revelar a esta tipeja todo lo acontecido?» me preguntaba. Al principio debo confesarte que dudé... Pero tras meditarlo comprendí que mi vida no me pertenece, que nunca lo ha hecho y nunca lo hará; sólo de Dios es, y sólo a Él corresponde manejar sus movimientos. Y por ello te relato mi vida, para que tú se la puedas contar a todas las mujeres que en este herido mundo han pasado por lo que yo. Deben saber de mis labios que hay salida tras su tormento y que con la ayuda de Dios llegarán a convivir en paz con los recuerdos de lo acontecido. ¡Hay demasiadas víctimas desesperadas, aferradas al infierno de lo padecido y necesitadas de consuelo! Por eso te encargo una misión importante, María. Diles que entre tantas tinieblas, por muy nebulosas que sean, existe una luz que nunca las abandonará. ¡Hazlo pronto y ayúdame así a socorrerlas, chica! Y no te preocupes tanto por cosas nimias... Lo único en lo que debes concentrarte ahora es en transmitirles que Dios está por encima de todo lo malo y que, siendo como es infinitamente justo y misericordioso, sabrá reprobar al impío y dar amor y consuelo infinito al humillado. ¡Escribe y hazlo rápido, escritora!! No te turbes ni te apures; yo te voy a contar todo, sin saltarme nada. Que Dios me conceda la lucidez y las gracias necesarias para sabértelo relatar apropiadamente, y que pueda conseguir así llevar esperanza, alegría y paz a aquellas personas que viven inmersas en el pantano de la melancolía.

Ahora me llamo *Anne Sophie*. Sí, sí, no te extrañes. Es que me cambié el nombre hace tiempo. Mis padres biológicos escogieron para mí el de *Mary Elizabeth*, pero es un nombre que hace años que lucho por olvidar...

Como mi intención es la de proteger la intimidad de mi familia biológica, no deseo desvelar el apellido con el que nací, no vaya a ser que un día caiga en manos de mis hermanos este relato y dañe con ello sus vidas o sus reputaciones. ¡Tengo que evitar por todos los medios procurarles dolor! Bastante he tardado en perdonarlos como para lanzarles acusaciones ahora que quizá hayan cambiado, fallecido o simplemente curado sus demencias.

¿Quién sabe si algún día llegarán a leer este testimonio mío? Si se die-
ra el caso, sólo Dios podrá reparar sus torcidos corazones y sus enfermas
mentes, pues es obvio que mi familia estaba enferma mental y emocio-
nalmente. Era un núcleo disfuncional, y desde los cinco hasta los catorce
años sufrí en mis propias carnes la realidad de un comportamiento per-
turbador en los estados afectivos de mis padres, de mis hermanos y de mi
hermana mayor.

Nací en el hospital Santa María de la ciudad de San Francisco (Califor-
nia), en el año 1954. Mi parto fue normal y gracias al cielo no tengo recuer-
dos hasta los cuatro años de vida, momento en el que empecé a sufrir las con-
secuencias de vivir entre los miembros de la familia en la que Dios me dio a
nacer. Esta realidad condujo mi infancia por veredas empinadas cargadas de
abusos que me persiguen en forma de fantasmas hasta el día de hoy.

¿Por dónde quieres que empiece? ¡Ah! Que te hable de mi madre...
¡Uf! Siempre me duele traerla del pasado. ¡Dura mujer! Déjame ver...
¿Qué es lo que más te interesa? ¿Todo? Pues vaya... A ver cómo lo hago
para no entristecerme. Me sudan un poco las manos, ¿sabes? Siempre me
ocurre cuando tengo que esforzarme para hablar de ella... Vale, entien-
do que es necesario. En fin, vayamos pues...

Para que podamos referirnos a ella sin pronunciar su nombre verda-
dero, podría llamarla..., mmm..., *Maggie*. ¿Qué te parece? ¿Te gusta, eh?
Vale... Pues se queda con *Maggie* entonces. Empezaré por describírtela
físicamente.

Maggie era bonita y escultural. Había emigrado junto a mis abuelos
desde las Islas Azores portuguesas y tenía ojos verdes oliva que sospecho
he heredado, una tez algo tostada y un carácter agrio. Mi padre (al que
llamaré *Tom*), era un hombre apocado, silencioso y muy atractivo. Yo lo
veía con irregularidad, pues pasaba la mayor parte del día fuera de casa.
Regresaba para la cena y a los pocos minutos de entrar por la puerta ya se
estaba engrescando con *Maggie*. ¡Qué relación tan turbulenta mante-
nían! Si hubieras presenciado sus palizas comprenderías el miedo con el
que teníamos que convivir...

Había luchado como un valiente soldado en la Marina durante la Se-
gunda Guerra mundial, hecho que supongo le había endurecido un ya de
por sí complicado carácter. Maliciosamente embustero, coqueteaba con
asiduidad con un sinfín de mujeres de la ciudad, en donde trabajaba en
una farmacia de la zona céntrica. Esto producía gran tensión en el frágil
carácter de *Maggie*, quien tras sus ausencias a causa de sus constantes es-
carceos solía pagarlo injustamente conmigo.

Mis hermanos tampoco eran niños fáciles con los que convivir... Mi hermana, a quien me referiré a partir de ahora como *Elsa*, era once años mayor que yo. Siempre despegada y fría, evitaba egoístamente tener cualquier contacto conmigo, demostrándome ya desde muy niña un hiriente rechazo hacia mi cariño. Yo vivía buscando desesperadamente su amor y compañía, pero ella jamás me demostró ninguno de estos atributos. No retengo en la memoria ninguna anécdota tierna vivida junto a ella, como tampoco recuerdo haber compartido ninguna confianza o charla con ella. No es que mostrara un comportamiento cruel o agresivo hacia mí; simplemente siempre me dejó claro que no deseaba compartir su vida conmigo. Ni un atisbo de cariño volcó en mí mientras tuvo oportunidad; parecía como si yo no existiera dentro de sus emociones... Me he preguntado infinidad de veces el porqué de su rechazo y jamás he encontrado una respuesta. Cuando se hizo un poco mayorcita se marchó de casa para no regresar jamás, y no quiso volver a contactar conmigo. La última conversación que tuve con ella fue aproximadamente hace veinticinco años vía telefónica; fue entonces cuando me comunicó claramente que no deseaba mantener relación alguna conmigo: «Ni te quiero ahora en mi vida, ni te quise antes», me dijo con una frialdad aterradora. «Nada tengo que ver contigo, Anne Sophie. Lo mejor que puedes hacer es dejarme en paz para siempre». He sabido recientemente que se marchó a vivir a otro estado y, para ser sincera, ya no sé ni dónde está. Tampoco tengo forma de encontrarla, aunque su ausencia en mi vida ya no me duele. Ni siquiera queda ya un resquicio de interés en mí por recuperarla... El daño que me ha procurado en la vida ha sido demasiado profundo y, aunque la he perdonado, ya nada puede hacerme desear volver a verla.

¿Que si éramos creyentes? Verás, éramos católicos, bautizados y todo eso, pero no te creas que practicábamos mucho o con demasiado interés. Rara era la vez que mis padres acudían a la misa dominical junto a nosotros y no recuerdo haberlos visto comulgar jamás... ¡Pero vaya bombo se daban a la salida de la iglesia el día que decidían acudir! Papá entonces entablaba conversación con los feligreses del barrio, ante los que presumía de su puesto de trabajo como farmacéutico en la ciudad. Mamá aprovechaba la ocasión para repetir como un papagayo que nos habían apuntado a una escuela católica, en donde las monjas nos enseñaban todo lo referente a Dios y a la buena moral cristiana: «Somos una familia creyente y unida... Fíjense, mi esposo Tom nació en el seno de una familia protestante, y por amor a mí cambió su religión». Aunque esto era cierto,

mamá mentía constantemente sobre otras cosas. A veces he pensado que toda mi niñez se apoyaba sobre un tremendo puñado de mentiras y secretos oscuros que era mejor no desvelar.

Algunas vecinas escuchaban con admiración (pobres crédulas), pensando que mis padres llevaban una vida éticamente admirable. ¡Si sólo hubieran sabido lo que se cocía entre las paredes de nuestro conflictivo hogar...! Pronto aprendí a descubrir que el catolicismo verdadero no cuajaba con las verdaderas creencias, ni en las mentes, ni en los corazones de mis padres. Sin embargo debo agradecerles de por vida el hecho de que me apuntaran a una escuela católica. ¡Cuánto amor derramaron las profesoras sobre mí en ese lugar! Supongo que pronto se dieron cuenta de que algo no funcionaba bien en mi entorno familiar y por ello me colmaban de atenciones y cariño.

Una vez me ocurrió algo extraño con una de las profesoras. Era ésta una monja jovencita a quien yo adoraba, y que impartía la clase de matemáticas. En el transcurso de una de sus lecciones durante un lunes cualquiera, preguntó si había alguna alumna presente que no hubiera acudido a la misa dominical el día anterior. Con gran apuro levanté la mano, provocando las risitas burlonas del resto de las compañeras del aula. La maestra entonces me miró con ternura y dijo:

—¿Por qué no acudiste, Anne Sophie? Tus padres son muy buenos católicos...

—Es que mi papá cayó enfermo con gripe —mentí, sonrojándome hasta las orejas. No me atreví a contestar la verdad, María... ¡A ver quién se lanzaba a delatar a mis padres y contar que en realidad llevaban muchos meses sin pisar una iglesia!

Solían discutir agriamente los domingos por la mañana, cuando Maggie reprendía a papá por haber llegado la noche anterior ebrio y con sus ropas apestando a perfume barato. Entonces se engrescaban en una eterna trifulca que les impedía llegar a la misa a tiempo.

Mis hermanos y yo nos escabullíamos del lugar del conflicto, intentando no recibir los golpes que inevitablemente nos alcanzaban muchas veces durante su danza esperpéntica. Cuando se producía ese tipo de situación, mi madre reaccionaba expulsándonos de casa con la orden de ir a la iglesia solos. Mis hermanos no obedecían, pero Elsa y yo, temiendo provocar aún más la ira de nuestra madre, escapábamos juntas.

¿Que si me gustaba acudir a la iglesia? *Psi...* Más o menos, aunque no puedo afirmar que disfrutáramos con la celebración, pues hacía tiempo que habíamos perdido el sentido de ese sagrado momento, siendo inca-

paces de entender el magnífico significado de cada una de las partes del santo oficio de la misa.

Hoy veo con claridad lo muy alejados que verdaderamente se encontraban mis padres de ese Dios al que presumían conocer. ¡Qué equivocados estaban con respecto a la figura de Cristo! No eran católicos de corazón, y las pocas veces que acudían a misa se debía más a un deseo de figurar ante los vecinos del barrio que al impulso de orar a causa de sentir una fe verdadera. Hoy creo entender que lo hacían sólo porque les aportaba cierta seguridad el dejarse ver orando en la iglesia. Quizá en sus trastornadas mentes pensaban que los feligreses los aceptarían con más benevolencia. ¡Cuánta falsedad e hipocresía almacenaban sus pobres almas desequilibradas! La gran confusión que reinaba en su espiritualidad se unía al resto de las equivocaciones que dirigían todos los demás aspectos de nuestras pobres y oscuras vidas.

Luego te hablaré mucho de mis hermanos varones, pero ahora siento que debo relatarte algunas cosillas sobre mis abuelos.

Los padres de Maggie eran mucho más buenos que su hija o su yerno. Provenían de las Islas Azores y trabajaban como granjeros en una pequeña hacienda del Valle de San Joaquín, a donde me invitaban durante las vacaciones estivales. Mis hermanos no venían, y no sé por qué... Quizá mi madre no deseaba separarse de ellos durante el verano. Ya te he dicho que, de los cuatro, a mí era a quien más maltrataba y rechazaba. Verdaderamente no los echaba de menos cuando me dejaban con los abuelos en el campo.

Recuerdo que pasaba los días veraniegos jugando por el valle que rodeaba la granja. ¡La naturaleza era hermosísima! Todo era salpicado de color en el Valle: el de las flores, los animales, los riachuelos... Me podía pasar el día corriendo de aquí para allá, persiguiendo mariposas y dando brincos entre las vacas, enredada entre el calor ardiente que se colaba por las ramas de los árboles. ¡Qué felices recuerdos tengo de aquellos veranos!

Los más claros del abuelo vienen de la época en la que anduvo con muletas a causa de una cornada que le propinó un toro mientras paseaba un buen día tranquilo por el campo. Este accidente le dañó de forma irreversible la columna y sufrió terribles dolores durante el resto de su vida a causa de ello. Siempre recordaré el gran amor que me procuraba y con el que yo le correspondía. Él me evitó muchos palos de mamá durante mi niñez hasta que se lo llevó el Señor al cielo a causa del cáncer cuando yo estaba por cumplir los seis años. Lo quise mucho... ¿Sabes? Me protegí

del abuso a que me sometían los míos y siempre se mostró conmigo cariñoso y tierno. Le encantaba verme reír y me pedía que bailara para él o le cantara canciones bonitas. También le agradaba que me sentara sobre su regazo y entonces me relataba cosas de su vida pasada en las Islas Azores y pequeños recuerdos de su juventud.

A pesar de que no había más niños en la zona con los que jugar, jamás me sentí sola. Ya te he dicho que disfrutaba de la compañía de los animales, ¡y tenía muchos entre los que elegir! Estaban las vacas, las gallinas, las mariposas y los lagartos...

Sólo una vez vino mi hermana en medio de un verano de forma totalmente inesperada. Yo me alegré de verla (¡ansiaba tanto su cariño!). Pero no me hizo ni caso. Se pasó el resto de las vacaciones hablando con la abuela o leyendo en el porche. Nunca me ha amado... ¿Sabes lo que me dijo la última vez que hablamos? Pues *que no volviera a llamarla jamás, que nunca me había querido; no tenía ganas de conocerme y no le interesaba nada sobre mí o sobre mi pobre vida*. Sus palabras me hirieron como si se tratara de puñales hincados en la piel, pues ya te he dicho que siempre había ansiado recibir su cariño. Desde entonces y hasta el día de hoy, nada he vuelto a saber de ella.

La abuela, esposa de este abuelo a quien tanto amé, no hablaba ni una palabra de inglés y se mostraba fría conmigo, aunque debo admitir que retengo en la memoria un suceso que con el paso de los años me ha hecho comprender que me quería, y que tal vez esa frialdad que mostraba conmigo se podría haber debido más al problema del idioma que a otras razones. La anécdota que voy a relatarte aún perdura en mí con un reflejo muy vivo, a pesar de que me sucedió cuando tan sólo contaba cuatro años... Ya sabes lo que son los niños tan pequeños: imprudentes, divinos y poco sabios. Y como yo era de lo más corriente y no sobresalía en inteligencia, salí al jardín de nuestra casa y sin saber cómo ni por qué me fui paseando calle abajo hasta que me alejé de nuestro vecindario. Anduve bastante camino hasta que llegué a un parque. Recuerdo que en el parque había atado un caballo a una cadena. ¿Y qué haría un caballo atado en mitad del parque? A veces he pensado que debía de pertenecer a un señor que arrastraba el carrito de los helados, aunque no recuerdo haberlo visto ese día con su precioso manjar de diversos colores. Y así, encerrada en mi mundo de niña, enredé feliz todo el día por ahí solita y a mis anchas. Por fin alguien me reconoció como la hija de la familia Saunders, me tomó de la mano y me devolvió a casa.

Cuando llegué me encontré a Maggie loca de ira. Me arrastró salvajemente por el pelo hacia su dormitorio y me lanzó brutalmente sobre la

cama. Inmediatamente después se quitó uno de sus afiladísimos zapatos de tacón, le dio la vuelta sobre la mano y dirigió con terrible crueldad el pico del tacón hacia mi cara. Hasta el día de hoy me parece verla clavándome esa mirada enredada en sentimientos de furia y venganza... Quedé petrificada al ver que, a una velocidad terrible, ese tacón tan afilado se lanzaba sobre mí, por lo que me protegí la cara con ambas manos. Justo cuando ese tacón iba a hacerme en la cabeza un sinfín de heridas, la abuela cogió a mamá con fuerza de la muñeca, impidiendo que descargara su castigo sobre una niña tan pequeña. Ese día Maggie estuvo a punto de pegarme con una crueldad terrible y siempre agradeceré a su madre el que me defendiera de tal atrocidad.

A los padres de papá, en cambio, los vi muy poco. Ambos provenían de las montañas de Alabama, eran protestantes y se habían divorciado antes de que yo llegara al mundo. El padre de papá se casó varias veces más a lo largo de su vida, y cuando murió fue terrible descubrir que... ¡se había casado con otras mujeres sin divorciarse de las anteriores! En otras palabras: ante la ley había sido polígamo. Todas las mujeres con las que se había casado descubrieron la verdad en su funeral. ¡Qué bochorno tan grande pasaron mis padres y las diversas esposas de aquel sinvergüenza! Mi abuela (la madre de mi padre), miraba perpleja a todas aquellas mujeres que juraban ser esposas legales de su marido. ¡Qué cosas, Dios mío...! La verdad es que no recuerdo haber visto otras veces a mi abuela paterna... No mantuvimos el contacto con ella debido a que ella y Maggie no congeniaban, se disputaban el amor de papá y la falta de contacto terminó por deteriorar nuestra relación.

¿Quieres que te hable un poco de mis hermanos varones? ¡No fueron tampoco niños felices junto a mis progenitores! Qué duro trago debo pasar al hablarte de ellos... Aunque pensándolo bien, si no lo hiciera te perderías más de la mitad de mi niñez... Y eso no puede ocurrir. Tus lectores merecen saber la verdad. ¿O no?

Bruce era ocho años mayor que yo y *Alex*, el benjamín de la familia, seis años menor. Fue este último el que me procuró un poco de cariño en mis años de infancia, aunque tampoco se logró desarrollar entre nosotros un amor fraternal normal debido a que durante la terrible época en la que *Alex* era un bebé, yo ya había comenzado a ser víctima de abusos sexuales tanto en el vecindario, como en casa por parte de mi hermano *Bruce*.

¡Qué terrible época esa, en la que los tormentos eran el pan de cada día en mi pequeña vida...!

Nuestro barrio se podría describir como «una macedonia de frutas» debido a las mil y una razas que habían encontrado un pequeño espacio en mi país para establecerse. La gente más variopinta se había instalado en nuestra agitada zona esperanzados con la quimera de verse protagonistas del famoso «sueño americano». Quizá por ello los primeros amiguitos que logré hacer en nuestra calle fueron italianos, japoneses, chinos, rusos, latinos y filipinos. Se trataba en definitiva de chiquillos que jugaban por las calles colindantes, siempre reflejando en sus pequeñas caras o en sus humildes vestiduras los pocos lujos y la necesidad económica en la que sobrevivían.

Recuerdo que mi madre no me reprendía a causa de la elección que pudiera hacer de amistades. ¡Pero ay de mí si se me ocurría acercarme a algún muchachito de color...! En su alma albergaba un extraño rechazo hacia este tipo de personas. ¡Y luego presumía de no ser racista y de ser una gran católica! «¡Como vuelva a verte hablar con ese zarrapastroso hindú, te mato de una paliza!», amenazaba. Altiva e inmersa en una gran confusión psíquica y social, sí desarrolló, en cambio, amistad con alguna de las familias de procedencia europea que habitaban en nuestra manzana, como aquella italiana cuyo hijo tanta desgracia provocó a mi vida.

Nuestra calle estaba situada en lo alto de una colina en los suburbios de la ciudad de San Francisco y, aunque humilde, estaba rodeada por un pequeño bosque de eucaliptos de enorme frondosidad y belleza. Aún me parece percibir la fragancia que inundaba la casa, cuando al amanecer se colaba por las ventanas el olor a menta que traían las hojas mecidas al capricho de la brisa primaveral.

En mi hogar nada hacía parecer que económicamente viviéramos más holgados que aquellos zarrapastrosillos que habitaban a lo largo de esa calle con olor a eucalipto. Los gritos, las peleas y los portazos delataban las constantes guerras que se entablaban cada día entre nuestras paredes. La razón principal por la que tanto discutían Maggie y Tom era el nimio poder adquisitivo que conseguía mi padre en su misterioso trabajo. No puedo decir que nos faltara el alimento básico, aunque sí que sufríamos a causa de la ausencia de dulces y de esos caprichillos que a los niños tanto les agrada saborear.

Los desayunos consistían en plátanos y leche, y con ello nos debíamos de conformar. En cuanto al resto de las comidas, bueno..., mamá no mostró nunca interés culinario alguno, y por ello los guisos eran siempre básicos y lo suficientemente nutritivos para que no enfermáramos con demasiada asiduidad. Maggie tan sólo se esforzaba en preparar algo más

sabroso cuando teníamos el privilegio de recibir alguna visita, hecho altamente infrecuente durante aquellos días. Si entrábamos en la cocina o tocábamos algún alimento, se ponía como una energúmena. Fíjate: no nos estaba permitido, bajo ninguna circunstancia, entrar en la cocina sin su estricto consentimiento. Ya podíamos estar sedientos que no se nos ocurría traspasar la puerta para alcanzar un simple vaso de agua. Mamá había creado una regla de oro en este sentido, ¡y pobre del que se atreviera a desafiarla desobedeciendo! Quizá se tratara de una extraña fobia... No lo sé... Como lo que le ocurría con la mayonesa o los aperitivos (aceitunas, los pepinillos o esas cebollitas dulces que se suelen utilizar para acompañar ciertos platos y que les aportan tan rico sabor). ¡No nos permitía que comiéramos ese tipo de delicias! Pero no te creas que la prohibición se limitaba a las cuatro paredes de nuestro hogar. ¡Qué va! Su repulsa hacia ese tipo de alimentos iba más allá del entendimiento. Ni en casa, ni en ningún lugar del mundo nos dejaba probarlos, simplemente porque a ella no le gustaban. ¡Se negaba a que disfrutáramos de cosillas ricas si el sabor no era de su agrado! Así en casa nunca había, por ejemplo, mayonesa. Y si por algún casual aparecía yo por la puerta finalizando a mordisquitos un sándwich al que me habían invitado en casa de mi amiga Jay-Jay, untado con alguno de esos productos prohibidos, lo echaba al cubo de la basura de un zarpazo. ¡BUM! Así de claro.

Se comportaba también erróneamente en otros campos emocionales. ¿Deseas que te relate alguna anécdota en este sentido? Veamos... Mmmm. Bueno, a mí siempre me sorprendió que no mostrara jamás interés alguno en compartir mis juegos o en estar atenta a mis necesidades. Sólo puedo recordarla entregando algo de cariño a mi hermano mayor, Bruce, a quien sólo a veces prodigaba alguna caricia.

Elsa también sufrió el desdén maternal que a toda niña perjudica, pero no recuerdo que mamá fuera agresiva o violenta con ella. Realmente, de los cuatro hijos que tuvo, sólo me golpeaba a mí, fuerte y con crudeza, con una siniestra saña que hasta el día de hoy me hace estremecer... ¿Y qué hacían mientras los demás? Pues mirar para otro lado, incluido papá, siendo un hecho innegable el desprecio, el odio y la repulsa que por una misteriosa razón que jamás comprenderé, mostró éste también hacia mí.

Muchas veces a lo largo de mi vida me he preguntado por qué mamá me amó tan poco, o por qué me trató de forma tan diferente a los otros tres hijos que tuvo con papá. Su idea sobre lo que debía ser una educación hacia mí se basaba en echarme de casa todas las horas posibles del

día, sin supervisión, alimentación o vigilancia. Hoy sé que mi pobre mamá sufría de un trastorno emocional y psíquico grave, pues no he podido encontrar otra explicación hacia su terrible comportamiento.

¿Que intente recordar alguna cualidad o virtud en ella? Me pides algo difícil, María. No, no puedo... Lo he intentado millares de veces y con todo el dolor de mi corazón soy incapaz de recordar algún aspecto positivo que caracterizara su temperamento.

Fíjate lo que me viene ahora a la cabeza. Es una anécdota más entre las muchas que me enmarañan las heridas... Ocurría cuando se celebraba en casa algún cumpleaños. ¿Sabes lo que hacía Maggie? Pues que se esforzaba desmesuradamente en impresionar a las mamás invitadas, pero lo hacía más por un tema social que por agradarnos. Maggie pensaba que las madres de los niños invitados la apreciarían algo más si hacía esas pequeñas fiestas... Sin embargo, también en estas ocasiones mostraba otra pincelada de la verdadera situación de su pobre estado psíquico, pues exigía toda la atención hacia ella, afanándose en abrir personalmente los regalos, no permitiendo ni a Alex, ni a Bruce, ni a mí tal privilegio. ¡Qué situación tan extraña provocaba! Parecía desear que el mundo entero la felicitara en vez de a uno de nosotros... Para mí se convirtió en un suplicio el hecho de cumplir años por este tipo de motivos; eran días de extraordinario dolor, sedienta como estaba de recibir amor.

Mira María, sé que yo no tenía problemas para dar amor, pues siempre sentí dentro de mí un enorme pozo lleno de sentimientos de ternura que deseaba compartir, entregar o regalar a los demás. Pero encontrar a alguien en casa que estuviera dispuesto a recibirlo..., ¡uf! Eso ya era algo muy distinto. También era un imposible sentirme amada por mamá. Ser la diana de su amor fue una quimera heroica imposible de alcanzar.

Recuerdo que una vez enfermé con graves fiebres reumáticas. Debía de haber cumplido los cinco años, pues ya iba al colegio, ese centro católico del que ya te he hablado y en donde encontré ternura en los corazones de las monjas y profesoras laicas que allí trabajaban. Desgraciadamente tuve que permanecer en cama durante largos meses, pero mamá apenas me visitaba, evitando entrar en el dormitorio que compartía con mi hermana durante toda mi convalecencia. No existía en ella el sentimiento de la compasión. Este hecho provocó en mí gran angustia y un sentimiento de tremenda soledad... Imagínate, ¡una niña tan pequeñita sin ser visitada por su mamá durante el padecimiento de una larga enfermedad! El porqué de aquello no lo sabré nunca...

Preocupada por mi ausencia, la profesora de matemáticas que tanto amor me procuró, vino varias veces a verme durante aquel tormento. ¡Cuánto agradecí sus visitas! Recuerdo que durante muchas semanas me obsequió con pegatinas y cuentos con estampas de colores. «Para que no te aburras mucho, Anne Sophie», me decía besándome la frente. ¡Bendita mujer! Sus visitas fueron las únicas que recibí durante mis largos meses de precaria salud. ¡Cuánto agradecí ese pequeño gesto de amor!

Pasé hambre durante esa enfermedad, ¿sabes? Mamá apenas subía a traerme alimento, así que no me quedaba más remedio que levantarme y, a gatas, bajar al comedor... ¡Era tan agudo mi cansancio! A ras-tras lograba unirme al resto de la familia en las horas de la cena y comía como un pajarito... De no haber hecho ese esfuerzo, me hubiera desnutrido del todo. Tras la cena regresaba a mi cama hecha un pingajo para tumbarme y caer como una losa o un bidón lleno de cemento sobre el colchón; entonces me llegaban desde la cocina el constante gruñir de mamá y sus quejas sobre mi pobre salud. «¡Esta niña no sirve para nada!», vociferaba. Ni que yo tuviera la culpa... ¡Oh, mamá...! Ella creaba una tremenda presión entre nosotros, sus hijos, para ganar sus atenciones. Recuerdo los dañinos celos que se desarrollaron muy pronto entre nosotros cuatro. ¡Todos necesitábamos su aprobación y a ninguno se la daba!

Mi hermano Bruce fue quien más dolor causó en mi vida... Pero eso prefiero contártelo un poco más tarde. Ahora tengo un nudo en la garganta y comienzo a notar cómo se me enmaraña el corazón con este puñado de recuerdos... Si quieres, puedo hablarte un poco más de papá para cambiar de tema...

¡Ah!, ¿te interesa? Bueno, quizá sea mejor entonces que, por ahora, me centre durante un ratito en él. Así me dará tiempo para endurecerme las entrañas y poderte relatar después lo que aconteció con mi hermano Bruce...

¡Qué hombre tan atractivo era mi padre! Había nacido en las colinas de Alabama, en el seno de una familia protestante. No obstante, y como te decía antes, se convirtió al catolicismo cuando se prometió en matrimonio con mamá. Recuerdo que una vez nos llevó de vacaciones en coche a visitar a sus parientes de Alabama. Para variar lo pasé en grande, pues se mostraron cariñosos conmigo y me hicieron la vida agradable. Yo debía tener por entonces unos siete años, y quedé gratamente sorprendida por lo diferentes que eran de mi padre... Lamenté mucho no volverlos a ver nunca más.

Tom me maltrataba también físicamente, pero nunca de manera exagerada o como lo hacía mamá. A ella, en cambio, la golpeaba con terrible asiduidad. Papá no me amaba y siempre dejó bien claro que no le interesaba como hija y por ello me dirigía muy pocas veces la palabra. Era un hombre de naturaleza callada y tímida. Aburrido y enigmático, no jugó jamás conmigo a ningún juego infantil, y tampoco puedo recordar que lo hiciera con mis hermanos. ¡Ni siquiera era amigo de llevarnos de excursión por ahí en su tiempo libre! A mí me mataba por dentro el ver que Jay-Jay y Linda lo pasaban en grande con sus papás. Jugaban a los bolos, las llevaban al circo o a comprar esas madejas de algodón de azúcar que tanto me gustaban y que tan escasamente probaba.

¡Qué violento era en cambio Tom! Tengo la memoria a rebosar de recuerdos en los que lo veía enfrentarse a Maggie con las manos y los puños en nuestra pequeña cocina. La cosa comenzaba a ponerse fea siempre que mamá le reprochaba ásperamente el no haber venido pronto del trabajo el día anterior. «¡Eres un inútil, no sirves para nada, te odio, nunca te he amado...!!». ¡¡Oh, qué barbaridades se llegaban a decir!! Papá permanecía silencioso durante los primeros minutos de la provocación, muchas veces escondido tras las grandes hojas de un periódico simulando no escuchar los insultos de su agresiva esposa. Hasta que hastiado por tanta provocación, ¡PATAPÁM!, pegaba un salto y corría hacia ella con los puños en alto y la sangre agolpándosele en las sienes.

A veces se abalanzaba contra la mesa de la cocina y la volcaba de un puntapié haciendo volar por los aires platos, vasos, sopa y pan. ¡Cómo se ponía el suelo! Luego mamá lloraba, le golpeaba con la escoba, con la fregona, con lo que fuera... ¡Cuántas palabrotas brotaban de ambas bocas! Con el suelo rociado de comida y los gritos inundando la atmósfera, la cocina se transformaba entonces en un pequeño infierno candente en llamas de sufrimiento. Los hermanos salían disparados y se escondían donde podían, ya fuera en la despensa, debajo de la escalera o en el porche de la entrada, mientras que yo inexplicablemente me colocaba entre ambos, pequeña como era, con la intención de separarlos con mis bracitos, aterroizada y deseando que finalizaran su propia guerra. Como podrás suponer muchas veces acababa volando por los aires para darme de bruces contra el suelo, el fregadero o cualquier armario.

Después de que Tom se divorciara de mamá (tras muchos años de convivencia), se enredó con una mujer protestante, se casó y murió siendo también protestante. Papá fue un gran mujeriego y durante los años que estuvo casado con mamá se lió con un montón de mujeres gastán-

dose gran cantidad de dinero en ellas y dejándonos a nosotros una ni-mia parte de su sueldo para sobrevivir. Bueno, y ahora que sale a cola-ción, ¡te voy a hablar de su trabajo en la farmacia! Te vas a quedar de una pieza. Mira, si papá mintió con respecto a sus amantes, no te cuen-to lo que hizo con su trabajo. Resultó ser un gran mentiroso, un farsan-te profesional, pues después de muchos años descubrimos que nunca fue farmacéutico. ¡Nos había mentido a todos! A la esposa, a los hijos, a las amantes, a los vecinos... ¡En fin, qué te voy a contar! Pero lo peor no es eso; lo peor son los recuerdos que tengo de él referentes a esa men-tira tan grave.

Era cierto que trabajaba en una farmacia, pero no como profesional de los medicamentos, sino como ayudante para los recados... Sin embargo estar en esa farmacia le dio la posibilidad de acceder a todos los remedios y drogas que se le antojara tomar, y así fueron muchas las veces en las que llegaba a casa con un montón de jeringuillas de cristal que hervía en un cazo con agua. Después me agarraba el brazo y me pinchaba diferentes tipos de remedios y vacunas que juraba que me protegerían contra la po-lío, la gripe, la viruela o el tétano. Yo me escurría de sus dedazos como podía, y por esa causa me llegaba a pinchar más veces de las debidas, pues no paraba hasta lograr su cometido. Hasta el día de hoy sufro de pesadi-llas con aquellas inyecciones; sé que desarrollé una extraña fobia contra las agujas y jeringuillas a causa de esa espantosa actividad de farmacéuti-co clandestino que ejercía mi padre.

Hace relativamente pocos años he descubierto que desde niña pade-cía una enfermedad muy seria: la diabetes. Ni mi padre, ni Maggie lo su-pieron jamás. Los doctores que ahora me atienden me han asegurado que las pruebas realizadas en mi organismo demuestran que soy diabética des-de la niñez, y que a causa de no haber sido tratada debidamente en aque-llos años mi salud hoy es muy delicada, mi diabetes severa y debo vigilar-la muy de cerca. Los síntomas de la enfermedad estaban ahí (por ejemplo la insoportable y constante sed que desde muy pequeña sufría y que me obligaba a beber cantidades desmesuradas de agua a todas horas). ¡De niña mi padre, falso farmacéutico, me pinchaba vete tú a saber qué me-dicamentos y nada de lo que me aplicó servía para cuidar mi diabetes! Hoy no me libro de tenerme que inyectar hasta seis veces al día. ¡Si hu-biera seguido viviendo al lado de mi familia biológica, hubiera muerto con toda seguridad! Lloré muchísimo durante aquellos años de infancia jun-to a ellos... Siempre bajito, escondiendo las lágrimas para no llamar de-masiado la atención, no fueran a verme y a amonestarme por ello.

Pero en el mismo epicentro de todas aquellas tribulaciones que la vida me tenía preparadas, Dios me había guardado, como un haz de luz venido desde el cielo, un gran regalo. Se trataba del único lugar en donde hallaba un consuelo grandioso y bendito, en donde encontraba mucha más paz de la que jamás hubiera soñado. Un lugar en el que conseguía evadirme de todo mi sufrimiento y en donde siempre hallé ternura y comprensión. Sí, lo has adivinado: se trataba de mi pequeño colegio católico. Mientras que todos los niños aborrecen acudir a la escuela, traspasar la verja de su jardín se transformó para mí en visitar un trocito de cielo. ¡Qué gran bendición me procuró Dios escogiendo para mí ese lugar de preparación académica!

Ya te he hablado un poquito de aquella profesora, esa joven que tanto cariño me prodigó. Era monja y se llamaba Sor María Eloísa. Supongo que su olfato sensible habría captado los malos tratos que recibía en casa, el dolor que portaban mis ojos o las mentiras que tenía que soltar sobre mi familia para que nadie descubriera la terrible realidad de mi hogar. Su caridad hacia mí fue tan tierna, que no pasa ni un día sin que rece por ella y agradezca a Dios el haberla puesto en mi camino durante aquellos espantosos años de golpes, abusos y penas.

Pero, ¡ay!, ni siquiera ella pudo aliviarme el dolor que provocó en mi pequeña alma un suceso de terribles dimensiones cuyo recuerdo me viene torturando hasta el día de hoy. Claro está que jamás se lo conté, ni a ella ni a nadie... ¿Que por qué? Pues porque no me hubiera creído..., y de haberlo hecho, nadie hubiera movido un dedo para solventarlo. Quizá fueran el miedo, la vergüenza y el desconcierto los que bloquearon mi mente durante un eterno y terrorífico año, y los que me obligaron a guardar silencio. ¡Qué querías que hiciera, María...! Yo tenía entonces tan solo cinco años, una carita preciosa y un cuerpo infantil, virginal, puro y limpio... Y así permaneció hasta que Maggie comenzó a llevarme de visita a la casa de esa familia de italianos de la que ya te he hablado un poco; esos que vivían en la misma manzana de mi barrio y cuya madre había hecho buenas migas con mamá.

Recuerdo vívidamente cómo ocurrió la primera vez... Maggie había acudido arrastrándome de la mano sabe Dios para qué, pues nada más atravesar la puerta de aquella vivienda, me dejó sola en un cuarto atiborrado de ropa y juguetes. Supongo que sería el cuarto de la plancha de aquel hogar... No lo sé. ¿Sabes que a veces la memoria me oculta detalles específicos de los lugares en donde he sufrido un abuso sexual? Bueno... Pues igual me ha pasado con respecto a este caso particular.

Maggie se quedó charlando en el salón de aquella vivienda con la madre de esos salvajes y perversos muchachos. Yo podía oír su cháchara desde aquel cuarto de baldosas frías y no entendía bien por qué me había llevado consigo. ¡Ni siquiera conocía a los hijos de aquella italiana!

No había pasado mucho tiempo cuando un niño de unos diez años traspasó la puerta. El muchacho me saludó, me cogió de la mano y sin decir palabra me metió en un armario de grandes dimensiones que estaba situado junto a la lavadora. Una vez ahí dentro, cerró la puerta detrás de sí y me bajó las braguitas. Después todo queda borroso en mi mente... No puedo recordar y es mejor así. Aún me parece poder experimentar el terror, el miedo y la oscuridad que me invadían dentro de ese armario..., pero no sé qué me hizo ese muchacho, pues lo siguiente que me viene a la cabeza es visualizar cómo me volvía a subir las braguitas y abría la puerta de ese enorme armario. «Estamos jugando, bonita. ¿Sabes que este juego es muy divertido?», me dijo mientras me alisaba el cabello con sus sudorosas y malolientes manos.

¿Que qué sentí al oír esas palabras? Pues de nuevo un miedo tremendo, aterrador... Sé que no me encontraba nada cómoda con lo que me acababa de hacer e intuía, a pesar de mi corta edad, que lo que habíamos compartido no era juego, sino algo que formaba parte de un extraño ritual basado en un comportamiento erróneo producto de una mentalidad retorcida.

¿Por qué no grité, lloré o escapé? ¡Ah, cuántas veces me he preguntado esas mismas dudas, escritora! La respuesta no ha sido hallada... Lo único que te puedo decir es que después de cada abuso y humillación sexual que he experimentado a lo largo de mi vida ha sido sorprendente mi mutismo. La secuencia patológica del trauma se ha repetido siempre con una monotonía venenosamente mortal: primero venía la consternación acompañada de la vergüenza y después me invadía el miedo, el bloqueo y un deseo irrefrenable de ocultarlo, olvidarlo y enterrarlo en el pensamiento.

¡Qué vulnerable y extraña es la mente, María! ¿Te puedes creer que hasta me he sentido culpable con lo que aquel muchacho italiano me hizo? «¡No debo contárselo a nadie!», me recriminaba. «¿Para qué? Mamá se enfadará muchísimo... Me castigará como lo hace siempre...». Expertos en analizar este tipo de traumáticas heridas psicológicas me pudieron explicar años más tarde que la psique se bloquea ante ellas, dejando sumida a la víctima en una terrible confusión y en un siniestro temor que hasta la cordura más sana se niega a controlar. Sólo la medicación, el consejo y la

supervisión de una persona especializada en el extraño mundo de la psique (un psiquiatra clínico, por ejemplo), puede lograr aliviar el dolor y proteger el estado mental del paciente tras un suceso de tal magnitud.

¿Curarla del todo? No lo creo... ¿Acaso una persona puede obligar al cerebro a borrar todos los hechos? Eso no sucede. El intelecto borra algunos y otros no. Desgraciadamente esos otros se quedan ahí, colgados por el alma y mirándote a los ojos desafiantes, queriéndote echar por los hombros la zarpa de la desesperación. Ya te he dicho que sólo Dios puede temprarlos... ¿Que cómo? ¡Ay, María! Pues con mucha sabiduría celestial, enseñándonos poco a poco y con gran ternura a perdonar a aquellos que lo provocaron. ¡¡Tarea heroica!! ¿No te parece, amiga mía? Te lo digo por propia experiencia... Si lo piensas bien, el hecho de perdonar ya es un gran adelanto. ¿No te parece? Porque si verdaderamente creemos que vivimos esta dura existencia sólo como paso para alcanzar la eternidad, más nos vale perdonar mientras estamos vivos, y no morir llenos de odio y deseos de venganza. Pero que la herida se queda clavada como un puñal infectado imposible de arrancar es algo cierto. Tan cierto como que estás aquí y ahora, mirándome con ojos a cuadros y cara de espanto.